

fieren mil veces á la deshonra de la esclavitud, el glorioso sacrificio del martirio. (Ruidosos aplausos y aclamaciones.)

Pero, señores, volvamos á las luminosas esferas de la ciencia. El paganismo, ni aun restaurado, podia satisfacer con verdadera satisfaccion á la conciencia humana. El estado religioso del pueblo pagano era cada dia mas triste, cada dia mas desesperante. La fé habia muerto, y con la fé poco á poco se iba estinguendo el culto. Las diversas clases de la sociedad, segun su estado, aparentaban mas ó ménos religiosidad; pero todas estaban heridas del mal de una religion que moria. El paganismo muerto en las inteligencias elevadas era solo pasto de pobres, enfermas y oscuras inteligencias. ¡Ah! No era, no, la flor que atrae las mariposas, era la llaga que atrae las moscas. Los repúblicos, creyendo que la sociedad no podia vivir sin los antiguos dioses, sin las ceremonias antiguas, mantenian la religion como una de las leyes, como una de las instituciones, como el carcelero, como el licitor, como el verdugo, pero no se curaban de la verdad de esa religion, ni sentian en el alma sus inefables consuelos, ni veian brillar el resplandor celeste en la frente de sus dioses. Los repúblicos miraban á la idea política, pero no á la idea religiosa. El sacerdocio pagano, despojado del gobierno de la sociedad, corto en ciencia, largo en vicios, descaudillado de los héroes de otros tiempos, y sin la fé de sus mayores, no tenia empeño en avivar la idea, la creencia; contentábase con guardar el culto, las hecatombes, los sacrificios, la víctima al pié del ara, las coronas de flores sobre el altar, el brasero humeando olorosas esencias, el ídolo resplandeciente, el coro danzando y el cántico estendiéndose acompañado de alegres sinfonías por los espacios del templo. El sacerdocio pagano se curaba del culto y no se curaba de la moral. Los sabios cuyas ideas podian animar la antigua religion, encenderla en nuevo espíritu, dar al ménos un sentido á su símbolo, desde las alturas de su ciencia desdeñaban la fé, y la tenian por el velo tupido que ocultaba la verdad á la mente. El sentimiento y las creencias morian á los ojos de su razon. Los artistas, los poetas no miraban la idea religiosa como una ley moral, sino como una fuente de inspiracion: para ellos era el paganismo sagrado, porque puso la lira en manos de Homero y el cincel en manos de Fidias; porque trasformaba en dioses las gotas de rocío, las flores del campo, las estrellas del cielo; porque hacia gemir con el cántico de las ninfas las selvas, con el cántico de las nereidas los arroyos, con el cántico de las esfinges las ondas; porque su Apolo era el eterno sol de la concien-

cia y sus musas los eternos númenes de la fantasia que llenaban de flores la vida; porque fuera del paganismo no creian posible que se conservara ni un dia la inspiracion en la mente de los hombres, incapaces de adorar dioses mas hermosos que aquellos dioses de Homero, vestidos de luz, coronados del fris, serenos entre las nubes resplandecientes del Olimpo, y que hacian sonreír con su eterna sonrisa todo el Universo. ¡Pobre religion sin mas defensa que su hermosura! Y como resultado de todo esto, el pueblo, el postrer asilo de las ideas y de los penates de todas las religiones, el pueblo creia, sí, pero creia fetichistamente, creia que el Júpiter de mármol era el mismo Júpiter celeste, que Vénus estaba en el templo y no en el Olimpo, que las estatuas de los dioses eran los dioses mismos, que para ser religioso le bastaba asistir á las ceremonias, aunque no comprendiera su sentido ni adorara su espíritu, que las ofrendas y no las buenas acciones eran aceptas al cielo; sentido religioso, que léjos de mejorarlo y revelarle su conciencia y darle el conocimiento del bien y del mal, reducido á la esclavitud de la materia, lo hacia incapaz de toda fé religiosa. Así el paganismo exhausto se moria en sus templos, porque el fuego de la fé ¡ay! no encendia su vida.

Pero una idea religiosa que parece tan etérea, tan impalpable, tan espiritual, tiene sin embargo en sí la realidad de la vida, y se organiza en leyes é instituciones. Como el sol que apartado de nosotros fecunda los campos, la religion fecunda la vida del espíritu, y la vida tambien de las instituciones. El Imperio, la aristocracia, la ley, el derecho, vivian al calor del paganismo. A medida que el paganismo languidecia, tambien languidecia el Imperio, como el cuerpo enflaquece y desmaya cuando el espíritu está apenado y triste. El pueblo romano admitia todas las religiones viejas, porque á todas las habia marcado con el sello de su dominio, porque á todas las habia herido con la espada de sus victorias. Pero no podia admitir una religion que le arrancaba el espíritu de la humanidad, que desafiaba su colosal poder, que traia principios capaces de matar la autocracia en el César, el privilegio en los patricios y la servidumbre en el pueblo; una religion que despertaba la esperanza de libertad en el ánimo del esclavo, y que resucitaba la palabra humana, el gran terror de los tiranos. La sociedad antigua, pues, volviendo sobre sí misma, comprendió que le era indispensable reanimar sus dioses, avivar su culto. Pero el antiguo sentido religioso no era bastante á satisfacer las nuevas necesidades del espíritu. Conservando el símbolo, los dioses, las formas



del culto, las ceremonias, los augures, los colegios de sacerdotes, el paganismo debía admitir en su faz surcada por las arrugas del tiempo el soplo vivificante de un nuevo espíritu. El ánfora era la misma, pero variaba el licor. Así nació el neo-paganismo. La religion pagana se prestaba mucho á esta gran transformacion, porque no tenia un dogma claro, ni un libro escrito, y porque en su larga vida y en su dilatada carrera, desde los templos de Oriente hasta los mares de Grecia, se habia despojado muchas veces de su espléndida vestidura, y habia tomado mil matices y mil formas. La religion pagana, pues, debió recibir un nuevo espíritu. ¿Dónde podia haber una idea mas pura, un dogma mas elevado, que en la escuela alejandrina? El espíritu de la escuela alejandrina fué, pues, el nuevo espíritu del paganismo.

El hombre destinado á realizar esta union del paganismo con la escuela de Alejandria, fué Porfirio. Tenia un libro nuevo para esta transformacion, las Enneadas de Plotino. Pero necesitaba un libro viejo, y acudió á las obras de los poetas, que si no habian creado los dioses, los habian esculpido con su cántico en la conciencia humana. Eran los poetas los mas dignos intérpretes de la forma pagana, como los filósofos debian ser los mas dignos intérpretes de su espíritu. El empeño, pues, el grande empeño de este filósofo fué animar la vida de los dioses, sus metamórfofis, con el fuego de las ideas. Así creia tener en sus manos el amuleto para matar el cristianismo, aquella despreciable religion de judíos, de esclavos, que adoraba por Dios un hombre cuya vida fué la miseria, cuya muerte fué el suplicio. En su odio entraba por mas, por mucho mas el judaismo que el cristianismo. ¿Qué podian ofrecer estas dos religiones comparable á la idealidad, á la hermosura del paganismo? El mal del paganismo, segun Porfirio estaba en que se habian materializado sus ideas y perdido el espíritu, moral de sus dogmas. Pero la escuela alejandrina con su exégesis resucitaba ese espíritu. Nada á primera vista mas grosero que el viejo Saturno alimentándose de sus hijos; pero nada mas grande, si se considera que Saturno es la inteligencia humana, alimentándose de sus ideas. Nada mas ridiculo á primera vista que el mitho de la manzana de la discordia. Tres diosas ven caer una manzana de oro á sus piés, y un pastor es el destinado á dar la manzana á la mas hermosa. Las tres se muestran desnudas á sus ojos luciendo todas sus gracias, toda su espléndida hermosura. Pero el pastor da la manzana á Vénus. Oid, señores, la explicacion de este mitho por Saustio. Las dio-

sas reunidas son las diversas virtudes y potencias de la naturaleza, la manzana es el mundo; París es el espíritu sensible, el primer grado de la vida intelectual, que en su ceguera solo alcanza á columbrar la hermosura de la naturaleza. De esta suerte á la luz de la filosofia alejandrina, el paganismo se descomponia y su alma se escapaba de su seno.

Para transigir con el antiguo espíritu pagano y para deslumbrar al pueblo, la escuela alejandrina recurria á la magia; esta ciencia estaba fundada en las relaciones del espíritu con la naturaleza, y en los misterios de la afinidad de los seres. En efecto, señores, observad la creacion y vereis qué misteriosas é inesplicables armonías reinan en su seno. La aguja imantada mira al Norte, como si en el Norte hubiera un pensamiento de amor; la sensitiva pliega sus hojas y se recoge en sí misma cuando la toca la mano del hombre; la mirada de la luna, esa casta y tranquila mirada que se parece al primer rayo de pasion escapado de los ojos de una virgen, ensoberbece, hincha de orgullo el Océano; las hojas de las selvas purifican el aire que respiramos, y recogen con placer delirante nuestro aliento; el vapor que se alza del lago por la tarde, como una idea escapada de las entrañas de la tierra, se deposita por la mañana como un recuerdo, como una lágrima sobre la corola de las flores; los astros se miran unos á otros con gozo, se atraen con fuerza, se envian al traves de los espacios infinitos los rayos de su luz y se aman mutuamente, bañándose en las ondas del éther; la electricidad, el centellear de las estrellas, el magnetismo, el calor, todo eso que parece el esfuerzo de la materia para convertirse en espíritu, todo eso está animado por un agente invisible, por un principio que arrastra los átomos de la materia unos en pos de otros, y que se llama el amor, la pasion, la afinidad universal, verdadera alma de la naturaleza. (Prolongados aplausos.)

Pues bien: los alejandrinos creian en su espiritualismo que esta influencia de unos seres sobre otros seres, y este amor de unos mundos por otros mundos, consistian en ciertas fuerzas que á su vez consistian en ciertas palabras, emanaciones del espíritu universal, y estas palabras misteriosas, reveladas solo por la virtud de las ideas divinas, eran las que pronunciaban en los misterios, en la soledad de las iniciaciones, cuando necesitaban conjurar á Dios para que dejase caer algunos de sus resplandores sobre la materia, ó elevar la materia para que recibiese algun aliento de la vida de Dios. Y con la magia creian



idealizar á un tiempo el culto y conservar toda la supersticiosa y fortísima influencia que ejerciera el culto sobre el pueblo.

Pero lo que principalmente constituía la superioridad del cristianismo y su fuerza incontrastable sobre todas las ideas y todas las conciencias, era su moral. Por eso Porfirio pretendió crear también una moral que sustituyese con ventaja la moral cristiana. Pero de su panteísmo idealista no podía derivarse una moral tan pura como la moral del cristianismo. En su doctrina las almas, teniendo una vida anterior á la vida terrena, vagaban por los espacios como el aroma, como los sonidos, como la luz, hasta que cometiendo en su vida primera una falta, mancharon sus alas en el cieno de la materia, y cayeron sobre los cuerpos, y forzadas por la ley de expiación á purificarse para cobrar su pristina pureza, tócales en esta vida pasar de un sér á otro sér, en progresion ascendente ó descendente, según su mérito ó demérito, hasta que libres de toda culpa, limpias de toda mancha, ete-rizadas de nuevo y de nuevo llenas del aroma divino, pueden perderse y espaciarse en el océano sin límites del espíritu universal. Como se ve, en la moral alejandrina ni es clara la responsabilidad humana, ni su libestad, ni esta por tantos conceptos angustiosísima idea de nuestra personalidad, alzada sobre la cima de la creacion, para no perderse ni en lo infinito, que son las grandes revelaciones del cristianismo. Para sostener las almas en esta vida de prueba, la escuela alejandrina llenaba de seres espirituales y divinos los espacios. Lead á Jamblico. En la cima de la creacion, Dios; entre Dios y el espíritu los dioses; entre el espíritu y la materia los genios y los héroes, que unen el cuerpo con el alma del hombre; y entre el alma y lo infinito la oracion, el éstasis, que són las alas para subir de nuevo al cielo. Pero como el alma sube por lo oracion á Dios, así Dios baja á nuestra alma por las evocaciones theúrgicas. Los seres que reciben estas evocaciones y las elevan al último cielo, son los genios masculinos que están en el sol y los genios femeninos que están en la luna, los genios de cuyos amores nacen las criaturas. Así en el hombre hay dos almas, una superior que es de Dios, y otra inferior que baja de los astros. Pero, señores, ¿á qué hemos de cansarnos con estas exposiciones? Ellas prueban que la escuela de Alejandría resucitaba todos los dioses, todas las theogonías, todos los recuerdos del mundo clásico, y todos los dioses, todas las theogonías y todos los recuerdos del mundo oriental, sin mas objeto, sin mas fin que llenar con el polvo de tantas ruinas, con los restos de tantos naufragios, los hondos y oscurísimo

abismos del espíritu humano para que no cupiese en su seno el cristianismo.

Todos los medios morales y materiales tentó la escuela alejandrina para este fin, todos. Comparó el Génesis con el Timeo y encontró inferior el Génesis. Sacrificó Moisés en aras de Platon. Desconoció la virtud divina del sacrificio del Calvario. Llenó la tierra de genios, los aires de ángeles, los astros de arcángeles, y el cielo de la idea de Dios para apagar la sed de lo infinito en el hombre, para iluminar todos los espacios de su alma. Creó nuevos ideales de moral, ya en personajes históricos cercanos, ya en personajes históricos lejanos de su tiempo, á fin de eclipsar la divina figura de Cristo que se alzaba pura sobre la cuna de la nueva civilizacion. Cifó, ya á las siepes de Apolonio Thiano, ya á las sienes de Pitágoras, la corona de la redencion del Universo. Tuvo sus oradores que fueron á Atenas á evocar la sombra de la filosofia antigua, y á Roma á armar su brazo para defender espiritual y materialmente el paganismo. Tuvo sacerdotes que subieron al Olimpo, que bajaron á las cavernas en pos de los antiguos dioses para obligarlos á que corrieran á animar el antiguo ideal clásico moribundo y eclipsado. Tuvo emperadores que abrieron las puertas de los templos, y levantaron los altares, y pusieron sobre los altares los dioses, y atizaron el fuego del sacrificio, y coronaron el ara de flores, y prorampieron en el cántico de los antiguos poetas, y llamaron de nuevo á las muchedumbres á postrarse de hinojos en el seno de los olvidados misterios. Pero ¿qué dió de sí esta grande reaccion? Dió una modificacion del antiguo paganismo, dió lo que podemos llamar el helenismo, la idea del gran Themistio, es decir, el paganismo idealizado, ó mejor dicho, el paganismo muerto. Es el helenismo una religion que tiene su Dios único en el cielo, en la eternidad; su trinidad que llena todo el espíritu y toda la naturaleza; su dogma de encarnacion de un Dios en el hombre; su dogma de redencion; su moral que obliga al espíritu á limpiarse de sus manchas en una vida progresiva; su culto religioso, culto de la idea, del corazon; sus ángeles, sus arcángeles que se deslizan en las ondas del aire y en las ondas de la luz, y llenan como el aroma del espíritu divino toda la creacion; su Iglesia gerárquica, y su esperanza de reunir todos los hombres en una idea, y reanimar los antiguos dioses bafiándolos en las puras y santas emanaciones del espíritu universal. ¿Pero qué era esto sino la muerte del paganismo que se disipaba como la nube de humo del holocausto en el seno de la idea cristiana? Desde el instante en que el



paganismo desconocía su origen, su fuente misteriosa, la vida de la naturaleza, y tomaba alas y se alzaba á la vida del espíritu, iba á perderse en la nueva luz como el brillo de las estrellas se borra en los resplandores del día. El paganismo estaba muerto. Debemos reconocerlo, debemos proclamarlo, el paganismo en la escuela de Alejandría espiraba con dignidad, espiraba con gloria, espiraba por abrir su corazón y su conciencia al soplo divino del espíritu, sin abandonar sus dioses. La empresa era grande, por lo mismo que era imposible, digna del genio que gustaba salvar los abismos. ¡Cuán fácil debía parecerles conservar dioses que aún tenían templos y aras, y reinaban con todo su esplendor en el corazón de las muchedumbres! ¡Cuán difícil nos parece á nosotros que asistimos al juicio de Dios, al juicio de la historia, aquella insensata empresa! La Providencia protege á los suyos, la Providencia salva á los que pugnan por mejorar las condiciones humanas, por estender su revelacion eterna, por cumplir la justicia. Las reacciones son siempre imposibles. Genio, poder, glorias, ideas, todo, todo fué vencido. Ningun conjuro, ni místico, ni idealista, ni mágico bastó á salvar los ateridos dioses. Si, sí, murieron, señores. Nada pudo reanimarlos. El Olimpo se cubrió de sombras; el iris se desvaneció en lluvias; los carros de nubes en que los inmortales iban á visitar los aires, se rasgaron entre las ráfagas del huracan; apagóse la luz celeste; cayéronse las diademas de las frentes divinas; el rayo no obedeció la voz de Júpiter; invisibles aceradas flechas se clavaron en el corazón de los dioses; las aras, los templos fueron polvo, los sacrificios humo, las ceremonias juegos infantiles de viejos moribundos, los cánticos ecos del estertor de la agonía, la naturaleza un desierto que ya no vió al dios Pan por las selvas, ni la alegría de Baco, ni la pasión del sátiro, ni la carrera de la ninfa desnuda, que exhalaba de sus ondulantes cabellos voluptuosas esencias y dejaba como huellas de sus plantas flores en el campo, ni la aparición de las náyades y de las nereidas que al levantarse de las aguas y sacudir su cabeza salpicaban con gotas de rocío las hojas de los árboles, ni las procesiones de los pueblos que iban á los templos á ofrecer sus espadas y sus trofeos y colgarlos de sus sagrados muros, ni los coros de los poetas que refrescaban su inspiracion en las puras aguas de la fuente de Helicon, ni las danzas de las vírgenes coronadas de verbenas, ni los acordes de las liras y las flautas que acompañaban los cánticos sagrados; y Grecia, la antigua madre de los dioses, se levantaba un momento en su lecho de agonía, y al recibir el soplo del cristianismo caía desplomada

sobre sus altares como un guerrero que cae en el campo de batalla sobre su escudo, y al morir despedía, con el hermoso helenismo, el postrer reflejo de su espíritu. (Aplausos prolongados.) ¡Ah! Sí, señores, al traves de los hechos históricos, de estas catástrofes, de estas caídas, de estas ruinas, descubrimos el resplandor de Dios, como en la naturaleza lo descubrimos á traves de las nubes, del relámpago, de los huracanes, de las sombras y de los acentos de la tempestad; sí, descubrimos á Dios que impulsa la corriente de los grandes hechos en la historia.

La escuela de Alejandría, pues, no podía salvar el paganismo. La causa de su muerte es clara, es manifiesta. Fué impotente, murió, porque no llegó nunca á comprender la actividad del espíritu, la libertad del hombre; y todas las escuelas que no comprenden la actividad del hombre ni la libertad del espíritu, están condenadas á la muerte. Por eso, señores, mientras la escuela de Alejandría se desorganizaba, la ciencia cristiana daba de sí sus mas bellos, sus mas puros resplandores. Ya lo veremos en la próxima leccion. Vosotros, los que soñais con torcer el río de las ideas, vosotros, enemigos de la libertad y de la justicia, que luchais desesperados con la corriente del siglo, y creéis posible detenerla y contrastarla, vosotros, venid, estudiad esta escuela llena de ideas, de grandeza, de espíritu, y al ver su impotencia, su esterilidad, comprendereis que no ha nacido aún el genio que pueda torcer el progreso, porque el progreso está animado por el espíritu de Dios. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)